



COMENTARIO DE COMENTARIOS

QUE ES COMO SI DIJÉRAMOS

CUENTO DE CUENTOS

CARTA Á MR. MARIANO DROAP



ADA día más admirado el Dr. Thebussem con las interpretaciones que de varios pasajes del Quijote escribe y publica D. Nicolás Díaz de Benjumea (que parece ha visitado el castillo de Tirmenh), me ha escrito con grandísimo empeño *para* saber mi opinión sobre las de aquel cervantista. *Un* extranjero nunca es muy competente para *resolver* cierto género de dudas; y así espero, amigo Asensio, que, cuando tenga algún rato de ocio, me diga *V. su* sentir sobre las muestras que de los Comentarios filosóficos del Quijote se conocen hasta ahora.

Estas palabras de V., mi querido Droap, eran una orden para quien es tan su amigo, y cuando se atraviesa el honor de un ingenio español tan privilegiado como el de *Cervantes*, hasta las piedras hablan; cuanto más los mudos que no lo son *á nativitate*, como dijo nuestro inolvidable Gallardo. Aquel deseo, pues, y mi buena voluntad, son origen de este trabajo.

Yo supongo que el Dr. Thebussem, como tan versado en todo lo que á *Miguel de Cervantes* toca y atañe, no habrá tomado como originales las ideas que ahora va explanando Benjumea; y también me figuro que ha de haber conocido los muchos errores, las frases trocadas y alteradas de que aquel señor va echando mano para sostener sus extrañas teorías; así como las palmarias falsedades (literarias por supuesto) que sus trabajos contienen. Pero, por si en efecto no lo ha notado el bueno del Doctor, ó por lo menos se le ha escapado algo, yo voy á ayudar su memoria, poniéndole ante los ojos:

- 1.º El origen probable de los comentarios filosóficos del *Quijote*.
- 2.º Las frases de *Cervantes* que Benjumea adultera, trunca, ó entiende enteramente al revés, para darse el gusto de formar argumentos.
- 3.º Los renunciados, contradicciones y faltas en que hasta ahora ha incurrido, en lo poquito que lleva publicado.
- 4.º El catálogo de obras españolas que llevan el escudo que apareció al frente de la primera parte

del Ingenioso hidalgo, en 1605, y que era usado por editores españoles desde el año 1570, cuando menos.

- 5.º Con motivo del tema y lema del escudo se demostrará que no existe en el cerebro de Benjumea idea fundamental y filosófica para escribir los *Comentarios* y se apuntaran otras especies peregrinas.

Aquí tiene V., mi querido amigo, lo que, siguiendo la nueva y filosófica palabrería, usada para dejar á los lectores *hechos unos bausanes*, podrá V. llamar *el Génesis* (ó el Deuteronomio) de mi impugnación de hoy; si después de haber visto el *specimen* (muestra, en castellano) de esta crítica, la cree V. de algún valor, puede elevarla al conocimiento del Dr. Thebussem, para su uso; y si no, Cristo con todos, la hace V. trizas y negocio concluído; pues yo no estoy en la obligación de decir cosas buenas y nuevas, cuando no las da mi cosecha, sino de cumplir lo que V. me ordena y su buena amistad merece.

1

En el año de 1859, y en el acreditado periódico *La América*, apareció por primera vez, según tenemos entendido, el título de *Comentarios filosóficos del Quijote*, y la firma de D. Nicolás Díaz de Benjumea. No había entonces *Estafetas* anticipadas, ni *correos*; eran lisa y llanamente, sin ambages ni rodeos, los mis-

mísimos *Comentarios* hechos y derechos, en haz y en paz; ni había tampoco Asan-Ouzad Benenjeli, ni berenjena, sino Benjumea mondo y lirondo. Los anagramas vinieron luego y todos juntos de antuvión.

Comenzó por un artículo llamado *Significación histórica de Cervantes*, y de reata vinieron los *Comentarios* con su *introducción* y artículos, que no eran de fe, por lo que después hemos visto. Entre la muchedumbre de ideas agrupadas, *velis nolis*, en aquellas difusas disertaciones, saltaban aquí y allá, como conejos en soto, algunas piezas que recordábamos haber cazado ya en otro terreno; pero suspendida por entonces aquella filosófica tarea, no buscamos ni recordamos el origen de tales trabajos. Bien es verdad, que, como se verá muy luego, los *Comentarios* no se anunciaban ni venían entonces con la algazara y bullicio que salieron después, ni aspiraba el autor á poner á *Cervantes* en lucha abierta con las instituciones de su tiempo, mucho menos con el Santo Tribunal; ni le hacía rebuscador y constructor de pueriles anagramas; ni tenían las aventuras el significado con que luego han ido apareciendo.—Ha variado mucho el *Comentario* desde sus primeras muestras hasta ahora.

Ejemplo (y cuenta que vamos á anticipar esta demostración de un punto que tendrá su lugar propio al finalizar): Examinemos la aventura del *Caballero del Bosque*, y (el Diablo sea sordo) tomemos por guía á un mentor que no sea recusable ni sospechoso, al

mismo autor de los *filosóficos comentarios*. En uno de aquellos números de *La América*, párrafo n.º 3.º, decía Benjumea:

«De todas las aventuras del hidalgo, las que se han juzgado por menos ridículas son las que le avinieron con el *Caballero del Bosque* y el de *los Espejos*, sin duda porque infinitas de este género se han reproducido y reproducen constantemente entre hombres que pasan por cuerdos, y porque en ambas se muestra la locura de *Don Quijote* con menos relieve, pues ve las cosas como son en sí, sin trocirlas ni transformarlas como de ordinario le acontecía...

»En cuanto á *Don Quijote*, lo que en esta aventura le hace parecer más cuerdo, es el habérselas con otro caballero en quien el autor quiere hacer más resaltar la locura, para el propósito que tenía, QUE ERA EL DE RIDICULIZAR LOS DUELOS, á parte del valor y significado que dicha aventura tiene con relación á la acción principal de la novela... etc.»

Y después continúa explanando esta misma idea, sin que ni por asomo aparezca en toda la apreciación la que ahora salta en el *Correo de Alquife*. Ahora en la aventura misma *D. Quijote es Cervantes*, el caballero es *Fray Juan Blanco*, que defiende á la *Dama-inquisición*, porque *Casildea* era *cruda y asada*, al decir de Tomé Cecial, y era *vándala* por su apellido, con todas las otras cosas que amontona, y que no sabemos si habrán convencido á alguno, aunque creemos que no.

En 1859 no había en D. Nicolás las mismas ideas que luego figuraron en la *Estafeta de Urganda* en 1861, ni mucho menos las que ya paladinamente expone en 1866. ¿De dónde le ha venido, pues, ese empeño de probar que *Cervantes* censuraba la Inquisición? Yo siempre he creído, y continuo creyendo, que esta idea le ha ocurrido de su larga permanencia en Inglaterra. No sé si tendrá V. presente, amigo Droap, lo que á este propósito le decía en mi carta de 14 de Abril del año anterior.

«Don Nicolás Diaz de Benjumea, le dije (de quien hablando en puridad siento que esté V. tan prendado) ha asegundado á *Cervantes* con otro golpe por la espalda en el papel titulado *El Correo de Alquife*. Publicóle primeramente á retazos en la *Revista hispano-americana*, y ahora en un folleto igual á la londinense *Estafeta* que ha hecho imprimir en Barcelona. Y no es esto lo peor, sino que ya nos amenaza con otro tercer disparo que se apellidará *El Mensaje de Merlín*. — *Estafeta, Correo, Mensaje...* Esto vendrá á parar en *embajada*.

»Yo escribí contra la *Estafeta*, y probablemente lo haré contra el *Correo*, porque en mi sentir Benjumea es peligrósísimo, pues lleva tendencia á falsear el intento de *Cervantes*, prestándole ideas que serán muy *inglesas*, muy avanzadas, pero que no fueron las suyas, ni entraron en el *Quijote*.»

Repito lo que entonces decía; la idea de hacer á *Cervantes* antagonista del Santo Oficio, rival de un

tostador de sus semejantes, y de convertir el *Quijote* en periódico de oposición, nació en Londres, en aquella ciudad que se la inspiró también á D. Antonio Puigblanch, autor célebre y cáustico y desenfadado, que si viviera no dejaría de reclamar su parte en la idea y explanación de los *Comentarios*.

En los escritos de aquel docto filólogo está el origen probable de la *Estafeta de Urganda* y del *Correo de Alquife*. Tras de la afirmación, la prueba.

Emigrado á causa de los sucesos políticos, el doctor Puigblanch se ocupaba en Londres en hacer profundos trabajos sobre sus favoritos estudios, la lengua y la literatura españolas. Enemistado por causas que son de larga historia con D. Joaquín Lorenzo Villanueva, fulminó contra éste y sus obras una que intituló *Opúsculos gramático-satíricos*, y que, haciendo el autor mismo de cajista para su obra, salió á luz de las prensas de Gouthrie en 1829 el tomo 1.º, en 1832 el 2.º. Puso el autor á la conclusión, una que llamó:

«Adición última, para que sirva de cierre del índice de materias y de toda la obra, como del grupo de Don Quijote á caballo, y de Sancho Panza lo era la retranca del rucio.»

Toda ella está consagrada á diversas apreciaciones sobre el *Quijote* y sobre la manera de entenderlo, con motivo de dar una jabonadura al Comentario de D. Diego Clemencín. Ofrece allí el Dr. Puigblanch nuevo comentario y por nuevo estilo, *por la mala*

vergüenza, dice, de que con tres de ellos, y los dos bien largos, no tengamos ninguno. Y más adelante, haciéndose cargo de una observación de Clemencín al Soneto de Orlando furioso á Don Quijote de la Mancha, exclama:

«¿Qué culpa tiene el Soneto, ni qué culpa tienen las demás poesías sus compañeras de que él no sea un comentador idóneo?...

»Precisamente conducen aquellas poesías, sin que yo deje de confesar que pudieran ser mejores, á dejar Cervantes traslucir, ya que no se explicase claramente (LO CUAL NO PODÍA SIN PERJUDICARSE) su verdadero objeto en la composición del Quijote.»

Por no aglomerar citas y copias, no trasladaremos los pasajes en que Benjumea dice esto mismo; pero remitimos á los curiosos á la *Estafeta de Urganda*, pág. 11, y al artículo que aquél publicó en contestación al titulado *Cervantes y Lope, en 1605*, escrito por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

El *Quijote* necesita nuevo y más filosófico comentario; la autoridad será el *Quijote explicado por el Quijote*; la base del comento está en las poesías que anteceden á la primera parte de la obra; así se expresa D. Nicolás Díaz de Benjumea en los lugares citados; y cualquiera conoce que esto es coger el hilo mostrado por D. Antonio Puigblanch, y tirar, y tirar para ver si se descubre el ovillo. A la primitiva idea se añadieron los anagramas escudriñados por Ben-

jumea, que empezó por su propio nombre para quitar todavía más fuerza al que después presenta como de Juan Blanco de Paz.

Porque, con perdón sea dicho del Sr. Arrazola y de algún otro que como él opine, descubiertas la manía y la habilidad de anagramizar, sacando de Nicolás Díaz de Benjumea, *Cid Asam Oužad Benenjeli*, y de López de Alcobendas, *es lo de Blanco de Paz*, se duda ya de la verdad; y se niega por entero que pueda ser exacta la interpretación, cuando luego vemos que el nombre de la capital del Principado dice también *era Blanco*.

Sin embargo, el ovillo no parecía, el hilo se había quebrado, y para reanudarlo fué preciso echar á volar otras apreciaciones tan filosóficas como los anagramas. No parecía posible seguir sosteniendo que las aventuras del Ingenioso hidalgo eran *negocios particulares entre Cervantes y su adversario Juan Blanco de Paz*; esto era decir que el regocijo de las musas había puesto muy baja la mira, era quitar interés al libro, que no dárselo, según se ofrecía, y entonces... entonces Juan de la Cuesta dió la indicación, el mismo Doctor Puigblanch volvió á dar fundamento y se anuncia ya claramente en el *Correo de Alquife* lo que ni en la *América* ni en la *Estafeta* se había atrevido el articulista á decir: que *Cervantes* atacaba la institución del *Santo Oficio*.

Indudablemente esta idea nació del lema grabado en la orla del escudo que se puso en la 1.^a edición del *Quijote* en 1605; escudo y lema que fué muy hacede-

ro suponer arreglados por *Miguel de Cervantes*, por más que los hechos vengan á desmentir clara y abiertamente tal supuesto, como veremos más adelante; porque aquello de decir *post tenebras spero lucem*, era muy sospechoso, y daba campo á interpretaciones que, con un poquito de ingenio, podían hacerse muy descabelladas.

Post tenebras spero lucem ¡ahí es nada lo del ojo! Estas palabras eran el emplazamiento para otra edad mejor... Pero de esto hablaremos luego. ¿Qué podrían ser esas tinieblas? ¿Cuál sería la luz? Casualmente, allá en el año 1811, cuando con mayor fuego y energía salieron á la palestra antagonistas y defensores del Tribunal de la fe, con motivo de tratarse en las Cortes de su supresión, apareció en Cádiz, impreso en casa de D. Josef Niel, un libro titulado *La Inquisición sin máscara*, obra de un cierto *Natanael Jomtob*, autor desconocido, aunque no tanto que no vislumbrasen los curiosos detrás del lienzo la figura de un docto catedrático de hebreo llamado en el siglo D. Antonio Puigblanch.

En esta obra, atacándose la institución del Santo Oficio en todos terrenos y por todos los registros, no podía faltar el nombre de *Cervantes*, y en ella fué donde se presentó por primera vez al autor del *Ingenioso hidalgo* tirando chinicas á la Inquisición. Pero los términos en que habló *Jomtob* ó Puigblanch merecen ser conocidos, porque concurren á nuestro intento:

«Un Tribunal tan monstruoso como ha sido la Inquisición (dice á la página 215, nota) ni pudo ocultarse á la

penetración del inmortal autor del *Quijote*, ni éste pudo menos de emplear parte de sus tareas en impugnarlo.»

Y después entra á demostrar que en los funerales de Altisidora y prisión de D. Quijote y Sancho para que asistan á ellos, hay una embozada crítica de los procedimientos y costumbres del severo Tribunal.

Si es otra cosa más que una amplificación de las opiniones del Dr. Puigblanch, adornadas con el lema y descripción del escudo de Juan de la Cuesta, todo cuanto contiene el *Correo de Alquife*, examínenlo y decidan los entendidos. En mi opinión, de esta manera se han ido formando los *comentarios filosóficos*; sin filosofía de ninguna clase, sin plan preconcebido ni determinado, cogiendo hoy una idea, mañana otra, é incurriendo en las contradicciones que vamos á notar en seguida.

II

Tarea prolija sería la de ir notando las frases de *Cervantes* que el comentador saca de quicio ó varía y trueca á su antojo, para buscar apoyo á sus gratuitas aseveraciones.

Felizmente en España, saben de memoria el *Quijote* la mitad de los españoles, y la otra mitad le ha leído lo bastante para que todos conozcan á golpe de vista esas adulteraciones tan ligeramente hechas en la obra inmortal. Vamos á notar, sin embargo, un